

LA EDUCACIÓN COMO LABOR MESIÁNICA, SEGÚN EL FILÓSOFO ALEMÁN, JUAN TEÓFILO FICHTE (PARTE FINAL)

Gerardo López Toro*

“Saber y actuar son componentes inseparables de la vida racional...El hombre no puede realizar su esencia siendo un mero copiadore de la realidad, sino como hacedor de arquetipos...El único mundo verdadero y realmente existente es el que se capta mediante el acto de pensar”

FICHTE

FECHA RECEPCIÓN

5 de febrero de 2010

FECHA ACEPTACIÓN

22 de febrero de 2010

PALABRAS CLAVE

Educación negativa, bondad natural, morada pura, lengua viva, lengua muerta, autarquía, vida racional, pecaminosidad incipiente, yo autogénético, hombre originario, educación liberadora.

RESUMEN

En los dos artículos anteriores publicados en esta revista se expuso el pensamiento educativo de Fichte, partiendo de una visión general de las actitudes básicas, del enfoque teórico y de la orientación vital de su pensamiento. En este último artículo se hará énfasis en las concreciones de su proyecto pedagógico, interpretadas siempre desde las luces y visión filosófica que de manera reiterativa aparecen especialmente en las obras: DISCURSOS A LA NACIÓN ALEMANA, EXPOSICIÓN DE LA DOCTRINA DE LA CIENCIA, EL DESTINO DEL SABIO, INTRODUCCIÓN A LA VIDA FELIZ, LOS CARACTERES DE LA EDAD CONTEMPORÁNEA. Es bueno recordar que Fichte insiste en que educar es formar al hombre integral,

* Filósofo y teólogo Universidad de la Salle. Magister en Filosofía Universidad Javeriana. Profesor de filosofía, ética y bioética de la Universidad Militar Nueva Granada. Profesor de latín y griego en varias universidades.



fomentando en él el desarrollo de la vida del espíritu que es la que especifica su esencia. Esto quiere decir que la educación es obra del espíritu y no de las cosas. Si se da lo primero, tendremos la verdadera educación liberadora. Si lo segundo, caeremos en la esclavitud de la “cosidad”, en el sojuzgamiento del espíritu por las cosas.

KEY WORDS

Negative Education, Natural Goodness, Pure Abode, Living Language, Dead Language, Autarky, Rational Life, Dawning Sinful, Ordinary Man, Liberating Education.

ABSTRACT

In the two last articles recently issued in this Magazine, Fichte's educative thinking was presented, starting with a general vision of the basic attitudes, the theoretical focus and the vital orientation of his thought about education.

This article will focus on the realization of his education program, always interpreted from philosophical vision that iteratively appears especially in the works: *SPEECHES TO THE GERMAN NATION*, *STATEMENT OF THE DOCTRINE OF SCIENCE*, *THE FATE OF WISE*, *INTRODUCTION TO THE HAPPY LIFE*, *THE CHARACTERS OF CONTEMPORARY AGE*. It is worth remembering that Fichte insists that education is to train the whole man, encouraging him to develop the spiritual life that is specifying its essence. This means that education is the work of spirit and not of things. If the first condition is done, we will have the true liberating education. Otherwise, we will fall in the thing's slavery, in subjugating the spirit by the things.

I. EL CAMINO HACIA UNA NUEVA HUMANIDAD

Sin salirnos de los presupuestos filosóficos y tratando de interpretar el proyecto educativo fichteano, me atrevo a proponer, a modo de orientación para los padres y educadores, los siguientes puntos extractados de sus obras y que son, a mi juicio, indispensables para lograr ese “hombre originario” como fruto de la nueva educación liberadora.

Separar al niño de la antigua educación, y de sus padres

Vistas ya las características de la educación antigua y dado que Fichte se propone lograr un tipo de hombre radicalmente nuevo, es clara la necesidad de evitar por todos los medios que el niño tome el primer contacto con esa perniciosa y deformante educación que sólo logró “formar” en el egoísmo. “Arranquémoslos por completo y de repente de su estado y llevémoslos a un mundo totalmente nuevo; no dejemos en ellos nada que pueda recordarles lo antiguo; se olvidarán hasta de sí mismos y existirán como seres recién creados (...), cuidar que en esa tabla rasa y limpia se grave sólo lo bueno” (Fichte, 1977, p. 278).

Por eso hay que empezar por lo que Fichte (1977) llama “educación negativa” consistente en suprimir en el educando todo impulso natural contrario a la razón y todo asomo de pasividad y sumisión para conseguir como meta final que “sólo quiera lo que debe (*sollen*, en alemán) querer”, es decir, que el *a priori* de su actuar sea sólo el de la razón y, consecuentemente, su vida práctica esté encarnada en la libertad y autonomía.

Consecuencia de este primer paso será la imperiosa obligatoriedad de educar primeramente a

los padres para que estén en capacidad de proporcionar a sus hijos un ambiente de buen ejemplo que favorezca el sano despliegue de la nascente vida del espíritu, la cual se ahogaría si los padres con sus actitudes y palabras les hacen creer a sus hijos que lo más importante en la vida es la satisfacción de las necesidades materiales. Si no hay la segura garantía de este buen ejemplo, es “necesario, - afirma categóricamente nuestro filósofo - separar a los niños de los padres desde la más tierna infancia, como único medio eficaz de cortar la cadena de corrupción que de manera ininterrumpida ha venido afectando a los educandos” (Fichte, 1977, pp. 236, 253 y 254).

En efecto, en el segundo *Discurso a la Nación Alemana* había afirmado la absoluta prioridad de liberar al educando de las necesidades del momento, como único y eficaz medio para que pueda dirigir su atención a mundos ideales. Posteriormente (Discurso noveno) reafirma su posición al mostrarse en desacuerdo con Pestalozzi, quien aseguraba en su *libro para madres* que la gran esperanza para la educación está en el hogar. A esta idea replica Fichte con energía: “La opresión, la angustia por el sustento diario (...) que se acumulan en estos ambientes contagiarían inevitablemente a los niños, los envolvería e impediría alzar su libre vuelo al mundo del pensamiento” (Fichte, 1977, p. 236).

En su discusión sobre este tema, Fichte está recordando y renovando la raíz filosófica de éste, cual es la “bondad natural” del niño sostenida por Rousseau, la cual fácilmente se pierde en contacto con la sociedad de los adultos.

El niño, pues, en su inocencia y fe natural en los adultos, antes de estar en capacidad de distinguir lo bueno de lo malo, ya ha sido influido por

la depravación y deformación con que han crecido los mayores, que a su vez han recibido la influencia de la educación antigua.

En su momento, Fichte no ve otra alternativa a la que propone, porque inevitablemente se da la mala educación sin que se quiera de parte de los padres o de los niños, los cuales se educan en los padres y a su vez la manera de ser de éstos se implanta en ellos, ejerciendo la fuerza de modelos o patrones de conducta, “si nos queda una chispa de amor hacia ellos, tenemos entonces, que alejarlos de nuestro ambiente apestando y conseguirles una morada más pura” (Fichte, 1977, p. 251)

¿Qué quiere decir con la expresión “morada más pura”? En su época eran muy comunes tanto los internados como los seminarios católicos y protestantes. Sin duda alguna se refiere a ellos o a algo parecido porque pone como condición que en esa sociedad de hombres a donde el niño debe ser llevado y no dejarlo salir mientras no haya aprendido a abominar de nuestra malformación y a liberarse de tal contagio, se haya aprendido por medio del ejercicio y hábito constantes a darse cuenta de que los niños los observan, y a ser capaces de contenerse ante ellos, y saber cómo actuar bien en su presencia.

Es bueno aclarar que Fichte hace esta propuesta del alejamiento del hogar como componente esencial de la nueva educación y requisito previo de ella. Quiere decir esto que no niega la posibilidad de la educación en el hogar; pues ésta se podría dar “solamente después de que toda una generación haya pasado por la nueva educación” (Fichte, 1977, p. 236), es decir, cuando se haya cortado la cadena y la influencia de la educación antigua y se haya logrado el nuevo tipo de hombre. Con éste se habría llegado a la educación nacional en la cual se podría confiar una parte de ella misma al hogar.

Educar el desarrollo de la capacidad sensitiva del niño para lograr la autonomía

Se trata de someter la sensación al espíritu, que es lo que constituye la integración del Yo y obliga al espíritu a dominar sobre la sensación a través del lenguaje, que a su vez domina y unifica a la sensación vaga y dispersa.

Fichte está de acuerdo con Pestalozzi, en cuyos escritos encontró las bases de una auténtica educación, en esta aseveración: “el verdadero fundamento de la enseñanza y del conocimiento sería (...) un A B C de las sensaciones” (Fichte, 1977, p. 237, 329).

El niño aprenderá, bajo la conducción del educador, en correcta sucesión, a expresar con claridad sus sensaciones tan pronto empieza a percibir los sonidos de la lengua y a intentar reproducirlos con dificultad. La expresión de sus primeras sensaciones como las de hambre y sueño deberán ir cargadas de contenido unitario y no como meras sensaciones dispersas, vagas y exteriores.

Por eso insiste en que es necesario primeramente enseñar al niño a utilizar su cuerpo para que luego pueda tener conocimiento de él mismo, es decir, que sea dueño de sus sensaciones y de su corporalidad.

Esta etapa es importantísima porque es la base de una visión espiritual futura de la vida: “El niño recibe por primera vez su yo, con el cual se penetra, y tan pronto despierta a la vida le proporciona una visión espiritual de ella misma, que ya nunca lo abandonará” (Fichte, 1977, p. 137).

La propuesta educativa que subyace en estas ideas, es sin duda alguna, la formación del Yo en el niño para que sea autónomo, dado que el cuerpo

y el espíritu deben ir de la mano. Hay que introducir al cuerpo en el mundo físico de la naturaleza para formar un “microcosmos” regido y dominado por lo espiritual, es decir, que el niño maneje la corporalidad para llegar a la autonomía, la cual no se daría si fuera lo físico y sensorial lo que lo dominara. Se trata, entonces, de interiorizar la naturaleza para que se exteriorice el espíritu, como una clara aplicación de la concepción del Yo autogenético explicado y aclarado en la *Doctrina de la Ciencia* en la que se fundamenta toda la concepción educativa.

En este proceso de clarificación de las sensaciones, ¿qué papel desempeña el lenguaje? Este aparece como una mediación entre la corporeidad y el espíritu. Fichte y Pestalozzi coinciden en asegurar que para que la enseñanza pueda intervenir en la vida y formar las raíces de ésta, debe introducir al educando en la intuición, que es lo mismo que estimular la actividad espiritual del educando hacia el esbozo de imágenes o creación espiritual que “le hace aprender todo lo que aprende”. Por consiguiente, no se trata de una percepción a ciegas y al tacto, en que el educando permanecería dominado por la vaguedad y dispersión de las sensaciones sin lograr el Yo intuitivo.

Pero a pesar de lo anterior, Pestalozzi cometió el error de proponer y valorar de manera extrema el leer y escribir como objetivo y cumbre de la educación primaria, con el ánimo de que los niños pudiesen abandonar pronto la escuela para ganarse el sustento. Fichte no está de acuerdo y reafirma la incondicional necesidad de que el educando permanezca en la educación hasta que se dé por terminada totalmente.

Durante este tiempo el leer y escribir no ayudan a nada sino que por el contrario son perjudiciales porque lo conducirían de la intuición a

la distracción y fantasía, que son tan comunes en las obras literarias para cuya comprensión no está aún formado el educando.

Fichte, al hablar de la lengua, hace una importante distinción: habla de lengua viva y lengua muerta. Con la primera se expresa y manifiesta lo que él llama pensamiento vivo o real que conlleva a la acción; “saber y actuar son componentes inseparables de la vida racional”(Fichte, 1977, p. 144 – 156).

Este pensamiento vivo se apodera del “Yo” y conduce a la comprensión necesaria porque se adueña de la vida e interviene en ella, permitiendo que el espíritu se comunique directamente con quien posee la lengua viva. Con la segunda, lengua muerta, se manifiesta el “pensar pensado” o que se realiza sin nuestra intervención ya que no hay pensar sino fantasear, permaneciendo el sujeto bajo la esclavitud de las sensaciones vagas porque no hay vida y creación espiritual originarias, sino mero saber de algo extraño y sólo actividad de la imaginación.

El papel del lenguaje y la palabra, cuando se da sólo en el campo objetivo de conocimiento de objetos externos, se reduce a ser sólo un signo lingüístico que no añade claridad y precisión al conocimiento interior ni permite la comunicabilidad con los demás.

Esa claridad se da solamente en la intuición propia de la lengua viva: dicha claridad y “perfección de la intuición debe preceder a la familiaridad con la palabra” (Fichte, 1977, p. 238 – 239). En caso contrario se daría “una simple utilización de la boca” y se llegaría a un mundo de nieblas y sombras porque el educando no habría logrado esa autonomía propia de la armonía entre lo espiritual y corporal.

En síntesis, la diferencia esencial entre lengua viva y lengua muerta radica en que aquella expresa con claridad conceptual una experiencia que brota del interior de la persona, como efecto de intuición y visión clara, desde el espíritu. Por el contrario, la lengua muerta es sólo la expresión de un decir desde la pasividad, la vacuidad y la imprecisión porque no proviene del espíritu.

Educarlo en el amor y la eticidad para la autonomía

Acabamos de mostrar que era necesario enseñarle al niño a manejar su cuerpo para que lograra la autonomía de su “Yo” espiritual frente a los sentidos.

Ahora veremos cómo lograr en él la autonomía, en el sentido de que aprenda a pensar por sí mismo, de manera creativa y crítica para llegar a lo que Fichte y Kant llaman “mayoría de edad”.

Los mecanismos que propone Fichte los podemos agrupar en los siguientes puntos:

- **Estimular y desarrollar el amor que une a cada individuo con el mundo del pensamiento**

Como un principio fundamental de la educación, afirma Fichte la necesidad de estimular en el niño su capacidad cognoscitiva al mismo tiempo que se le estimule el amor por el objeto conocido, ya que de lo contrario resultaría un conocimiento pasivo y muerto y un amor ciego, como en efecto sucedió en la antigua educación, donde no podía haber verdadero aprendizaje alegre y creativo.

El logro de este aspecto mencionado es fácil dada la tendencia natural del niño hacia la claridad y el orden (bondad natural), y que al ser

satisfecha lo colma de alegría e interés y lo vincula desde pequeño al mundo del espíritu y del pensamiento.

Este primer aspecto en la formación del niño quedaría incompleto si no se tiene en cuenta otra clase de amor: “el que une al hombre con los demás y que vincula a todos los individuos en una comunidad razonable, unitaria y de iguales convicciones” (Fichte, 1977, p. 245).

Si nos quedáramos solamente con el primer aspecto, es decir, la formación del conocimiento, estaríamos formando “eruditos” y no hombres. Por eso es complemento imprescindible el segundo aspecto que es el que forma la vida activa e impulsa hacia el objeto conocido.

Fichte fundamenta su pensamiento acerca del amor, rechazando de plano la falsa y errada concepción de la maldad natural, según la cual el niño nace siendo egoísta. Por el contrario, en todos los niños que ven la luz del mundo existe de manera originaria y pura la tendencia al respeto, y a ella, como único objeto posible, se manifiesta lo justo y lo bueno, la veracidad y la capacidad de autodominio.

- **Brindarle reconocimiento y aprobación**

La tendencia natural ya mencionada como originaria y pura se revela en primer lugar como inclinación del niño a ser estimado por sus padres. De ninguna manera la admiración y respeto a sus padres pueden tener móviles egoístas, pues del egoísmo no puede surgir el amor. Es decir, el niño no ve primariamente a su padre como un benefactor “que cuida su bienestar material, sino como espejo en que se refleja su propia valía o futilidad” (Fichte, 1977, p. 247).

Por eso busca el niño en todo momento que el padre se fije en él y dé aprobación a sus actos. La satisfacción del padre es su satisfacción. De esta manera le es fácil al padre conseguir del hijo la obediencia aún penosa y abnegada. La aprobación cariñosa del padre es la mejor recompensa para el niño y por eso obedece con alegría.

El padre, con su reconocimiento y aprobación, está mostrando la alegría que siente al ver que el niño se esfuerza por ser bueno, cada vez mejor y más digno de estimación.

Es fácil comprender las gravísimas consecuencias de la incompreensión y la indiferencia hacia los hijos: ese amor naciente se ahogaría, y se convertiría en odio, especialmente si es tratado con egoísmo o si se exageran sus faltas porque se sentiría considerado como un mero instrumento sin valía propia.

En este contexto, el castigo adquiere hondo significado: además del dolor, debe ir acompañado del sentimiento de vergüenza porque se da cuenta del desagrado y desaprobación de sus padres y educadores al haber fallado en su tarea de ser mejor. Si no se da ese sentimiento de vergüenza en el niño, no es castigo educativo, sino una muestra de violencia que le produce burla y desprecio hacia quien lo ultraja.

Cabe ahora preguntarse: ¿Qué es esencialmente lo que debe ser reconocido y aprobado en el educando?, y además, ¿cómo lograrlo?

Fichte parte del supuesto previo de la existencia del sentido de la ética en el niño, como un "instinto" que es necesario ir desarrollando paulatinamente, el cual es el fundamento de toda educación y el único que merece reconocimiento

y aprobación. Dada la naturaleza espiritual del educando, lo primero que hay que hacer es dirigirlo a lo ético, como algo que solamente es adecuado para él, porque viene del espíritu y no de algo extraño y externo, que en definitiva corresponde a lo que en varias ocasiones Fichte ha denominado como "cosa en sí" o mundo de los sentidos y de la heteronomía.

Entonces, únicamente en lo ético -entendido como la integración del Yo en el todo social, de manera espontánea - es donde se debe desarrollar la acción educativa, sabiendo que la raíz de toda ética está en el autodomínio, la autosuperación y la sumisión de los instintos egoístas a la "idea del todo." Es esto lo que debe constituir el único móvil de la aprobación y el reconocimiento y a ello debe el educando encaminar todos sus esfuerzos.

Dicho sometimiento a la idea del todo, consistente en saber pensar de manera universalista, es decir, como especie no como individuo, se logra de dos modos: en primer lugar, con la sumisión al orden y la razón y en segundo lugar, con el sacrificio propio para elevar y aumentar el bienestar del todo. El primero está inserto en la mera legalidad y es obligatorio para todos. Pero el segundo corresponde a una virtud superior y sólo se puede permitir y estimular en los educandos que hayan mostrado un alto grado de firmeza en el orden y la legalidad, o sea en el primer aspecto mencionado arriba.

Fichte propone a los educadores eficaz aprobación y reconocimiento real al sacrificio personal en favor del todo, por parte del educando, pero debe hacerse en privado y a solas para no deteriorar la autonomía del educando o hacerlo un vanidoso o egoísta.

El reconocimiento consiste, entonces, en manifestar externamente la bondad de la conciencia del educando para que continúe progresando en la autoestima y confianza en él mismo. Para lograrlo en concreto, nuestro filósofo propone las siguientes normas:

- a) Que cada niño elija libremente como amigo especial y consejero de conciencia al educador que le inspire más confianza.
- b) Que le pida consejo en los casos en que le es difícil obrar con rectitud.
- c) Que el educador lo ayude con consejos amables y que sea el confidente de las tareas voluntarias que emprenda.
- d) Que el educador apruebe y estimule lo que el educando hace bien hecho.

De esta manera el educador consejero de conciencia irá, de manera paulatina y segura, haciendo surgir la firmeza y autonomía que se manifiesta finalmente en saber por sí mismo- y no por un testimonio extraño- quién es él, y “ser capaz de juzgarse así mismo con rectitud; a partir de este momento es mayor de edad” (Fichte, 1977, p. 251 y 335). Ha pasado de la etapa de la heteronomía consistente en la dependencia del gesto de aprobación y reconocimiento de los adultos, a la etapa de la autonomía o capacidad de pensar por sí mismo, y en el logro de un carácter firme y sin cambios.

El contenido final de la autonomía, es pues, la libertad. Es libre quien actúa por sí mismo, porque ha interiorizado la universalidad de la razón.

Quienes logran esa mayoría de edad, han roto -como dice Kant-, la dura cáscara de la naturaleza:

Una vez que la naturaleza, bajo esa dura cáscara, ha desarrollado la semilla que cuida con extrema ternura, es decir, la inclinación y disposición al libre pensamiento, ese hecho repercute gradualmente sobre el modo de sentir del pueblo... y hasta en los principios del gobierno, que encuentra como provechoso tratar al hombre conforme a su dignidad, puesto que es algo más que una máquina (Kant, 1964, pp. 66 – 67).

Educación en la historicidad

El fondo del concepto de historia en Fichte está inscrito en la concepción y doctrina del “Yo” autoactivo, es decir, en la acción libre, como lo esencial del hombre.

Esa acción se traduce en un esfuerzo incesante del hombre por remontar la individualidad y alzarse, desde el egoísmo, a la esfera supraempírica de la libertad y universalidad. Es pues, la historia, en última instancia, el fruto del esfuerzo y del trabajo del hombre, y el paulatino desarrollo de la libertad que se conquista por la “hazaña” (*Tathandlung*, en alemán), o “acción hazañosa”, o el ser activo en la temporalidad.

Este concepto de “hazaña” quiere decir que el ser, que es la meta del esfuerzo, está al final y no al comienzo; “por ello, el ser, la razón, la libertad, hay que conquistarlos “hazañosamente”, o con esfuerzo. La exteriorización temporal de esa “hazañosa” conquista es la historia (Álvarez, 1972, p. 70). Ella tiene entonces, un único sentido el cual es la exaltación y el triunfo del espíritu y la autonomía: “De nosotros depende (...) que este espíritu domine el mundo tal y como le corresponde” (Fichte, 1977, p. 343). En esta conquista propone Fichte cinco etapas en el ascenso para alcanzar la razón, como lo más íntimo de la esencia del hombre:

1. La de la "inocencia". En esta etapa se da el dominio de la razón pero como instinto ciego porque no sabe de sí misma, ni los sujetos que reciben su acción se dan cuenta de ello.
2. La etapa de la "pecaminosidad incipiente". En ella los hombres comienzan a tener conciencia de sí mismos y de su libertad y se exterioriza la racionalidad pero como algo extraño e impuesto, contra lo cual se rebela la individualidad por ser un atentado a la libertad individual. Por causa de esta rebelión se llama etapa de "pecaminosidad incipiente".
3. La de "completa pecaminosidad". En ella no hay ningún dominio de la razón, ni siquiera como instinto. Por eso surge el egoísmo y no se reconoce la ley como instancia supraindividual.
4. La del dominio de la razón como "ciencia racional". La razón comienza a entenderse a sí misma. Por eso se llama la época de la racionalidad incipiente, estado de justificación y salvación incipiente.
5. La del "arte racional, estado de justificación y salvación completos". Aquí la razón es plena y absolutamente consciente y libre y puede influir en la vida del hombre como activo, libre y creador. Pasar por estas cinco etapas implica llegar al libre sometimiento consciente, a la universal racionalidad y al imperio de la libertad (Fichte, 1934, pp. 8 – 29).

Los mecanismos o maneras que propone Fichte en su proyecto educativo para formar un hombre abierto hacia nuevos horizontes, dado que la historia no está acabada, sino que hay que hacerla, no repetirla, son las siguientes:

- **Hacerle comprender su responsabilidad como un ser histórico**

La historia no obedece a leyes ocultas y misteriosas de una danza circular. El único responsable de la historia es el hombre que ha aprendido a pensar como especie, como humanidad, no como individuo. Es ese el hombre que ejercita la libertad en la creatividad, por lo cual no puede realizar su esencia siendo un mero copiadore de la realidad sino como hacedor de arquetipos. El educador estimulará y mantendrá la espontaneidad inmediata del educando y deberá convertirla en la base de todo conocimiento como actividad espiritual, para que consiga aprender lo que está aprendiendo. Fichte parte de la existencia natural en el niño de la tendencia a la actividad espiritual, es decir, es de su esencia la ley fundamental, eterna y de validez universal, de la naturaleza espiritual del hombre, de tender inmediatamente a la actividad espiritual que es la que hace actuar con eficacia" (Fichte, 1977, p.92).

Esta idea de formarle al educando la capacidad de esbozar espontáneamente imágenes de la realidad o arquetipos y que constituye para Fichte el punto de partida para formar generaciones futuras, se encuentra también en muchos pasajes de sus obras, como por ejemplo: Plan razonado para erigir en Berlín un establecimiento de educación superior que esté en conexión adecuada con una Academia de Ciencias(..) (de la cual posteriormente Fichte fue rector), donde insiste en la necesidad de crear y no sólo repetir e imitar. Es necesario intervenir y transformar para que se dé el progreso, porque el mero saber sin la acción es un saber muerto que lleva a la apatía y pasividad (Fichte, 1817, pp. 28, 30, 36, 76, 96).

La creatividad mencionada antes es, a su vez, consecuencia de la complacencia o creación espiritual

que es el impulso único y vital para la acción, y por lo tanto es también el único que puede no sólo suprimir el desgano, la apatía y la pasividad, sino además conducir al educando a disfrutar la alegría de trabajar para la especie, para lo que tiene que ser, como resultado de la acción creadora del espíritu y de la capacidad de sacrificar el goce personal de los sentidos, a las ideas.

- **Enseñarle a concebir la vida terrena como eterna y la patria como portadora de esa eternidad**

Es esta idea un paso más de la formación espiritual y la fundamentadora básica de la responsabilidad del hombre quien con su acción construye la historia, porque se trata de un actuar que sobrepasa al mundo sensorial.

En efecto, para la antigua educación, aquel mundo era considerado como el auténtico y verdaderamente existente y era presentado al educando como el primero en jerarquía de importancia. Pero en la nueva educación se invierte ese orden: “el único mundo verdadero y realmente existente es el que se capta mediante el acto de pensar (...) de tal manera que la vida nazca y se manifieste sólo en este mundo del espíritu”(Fichte, 1977, p.106).

Es precisamente en este contexto donde se puede entender en toda su profundidad el concepto de patriotismo como el auténtico amor activo a la patria, amor del cual “surge por sí solo el valiente defensor de la patria y el ciudadano pacífico y auténtico” que es capaz de dar la vida por defenderla. Es el héroe, quien entiende el sacrificio de la vida individual como el acto sublime por el cual se da primacía al todo o a la vida de la especie, configurándose como un hombre para la universalidad porque ha entendido que el fin de la especie humana es poder mirar a lo interior y a lo suprasensible, y porque en cada individuo se reconoce y honra a la especie humana, lo cual lo hace inmortal: “La que llamaron muerte no me hará cesar en ella, pues mi obra no termina nunca, con lo que mi vida será eterna y yo seré eterno” (Fichte, s,f, p. 41).

Esta eternidad de la vida terrena es la idea desarrollada por Fichte en la obra *El Destino del Sabio*, consistente en que el sabio, en su praxis, debe ser capaz de comunicar la vida divina y comprender que ella es el fundamento universal de los fenómenos, razón ésta que no le permite dejarse arrastrar por las apariencias del mundo sensible, al cual el no sabio concibe como realidad, e identifica lo absoluto con la naturaleza y la diviniza. “Todos los errores, así como todas

El único responsable de la historia es el hombre que ha aprendido a pensar como especie, como humanidad, no como individuo. Es ese el hombre que ejercita la libertad en la creatividad, por lo cual no puede realizar su esencia siendo un mero copiadore de la realidad sino como hacedor de arquetipos.

las perversiones morales de la humanidad, han tenido su origen en atribuir el ser y la existencia a lo que no es ni existe, y en buscar la vida y los goces de la vida en aquello que contiene muerte” (Fichte, s,f, p. 82).

- **Enseñarle al educando que Dios no es cosa porque no es un hecho histórico**

Al contrario, Dios como idea es absoluta dinamicidad, espontaneidad y libertad. Está por encima de la historia y no pertenece al mundo de los sentidos o “empeiría”.

Fichte está aquí en abierta oposición con la antigua educación que al poner la experiencia como único a priori del conocimiento cerraba las puertas a todo conocimiento metafísico y suprasensible, lo cual necesariamente desemboca en una concepción “cosista” de Dios, inaceptable en un pensar filosófico y metafísico.

**Educarlo para vivir en sociedad -
Aceptar al otro**

¿Cómo se puede demostrar que el educando ha logrado el último y verdadero objetivo, consistente en esbozar libremente la imagen de un orden moral de vida social, tal y como debe ser, en concordancia con las leyes de la razón? o, de otra forma, ¿cómo saber si el educando está aprisionado por un amor fogoso a semejante orden, de manera que cuando deje de ser dirigido por la educación, pueda independientemente seguir queriendo ese orden?

Fichte responde al problema diciendo que no pueden decidirlo las palabras sino la visión de los hechos, es decir, ver al educando viviendo en la sociedad.

Aunque separados de los adultos, los educandos habrán de vivir en sociedad y formar una comunidad separada y existente sólo para ellos, basada en la naturaleza de las cosas y postulada por la razón. Dicha comunidad o constitución tendrá un régimen o legislación especial para poder hacer exigencias especiales y muchas restricciones a los educandos, sirviéndose incluso del temor al castigo como impulso para la moralidad.

Hay que notar que aunque Fichte en muchas ocasiones rechaza el temor como elemento educativo, en este caso lo propone. Sin embargo, no es una contradicción dado que en esta pequeña comunidad de formación lo que se busca con él no es el impulso a la realización del bien sino a omitir lo que la constitución o fundación considere malo. Además, este temor hace parte de lo que Fichte llama “educación negativa” de la cual ya hablamos en páginas anteriores, con la cual se busca eliminar los asomos de egoísmo e individualismo que impidan la formación del carácter o una voluntad decidida a sólo buscar lo que únicamente es bueno.

Por otra parte, la necesidad de recurrir a este temor le servirá al educador como elemento de juicio para darse cuenta de que el educando se encuentra aún en un grado muy bajo de su formación. Por tal razón la constitución estará estructurada de tal manera que el individuo no tenga sólo que abstenerse en razón del todo, sino que además pueda con sus obras y actuaciones darle aportes. En efecto, una norma fundamental será ayudar a los demás cuando logre sobresalir en algo, hacerse cargo de ciertas responsabilidades, unir el estudio con el trabajo, permanecer despierto cuando los demás duermen y estar pensando cuando los demás juegan. Todo esto lo hará sin buscar recompensa alguna, para que aprenda no sólo a cumplir

con el deber, sino también a disfrutar de la alegría que proporciona el trabajar para la comunidad y la consecución del éxito por parte de aquellos a quienes ayudó. De esta manera se ha llegado al objetivo fundamental de la educación y no podrá actuar de otra forma cuando abandone esta pequeña comunidad de formación porque ha adquirido ese amor fogoso por el orden social y la racionalidad. (Fichte, 1977, pp. 99, 102, 278 - 279).

Al abandonar la pequeña comunidad, el educando pasará a vivir en la sociedad. Fichte desarrolla más ampliamente este tema en la obra *El Destino del Sabio*, como el problema de las relaciones y el respeto y aceptación “del otro” al de la intersubjetividad que guarda estrecha relación con la convivencia social (Fichte, s,f, pp. 20 - 29). ¿Qué es la sociedad? Nuestro filósofo la concibe como el conjunto de las relaciones de los seres racionales o relación de intersubjetividades.

Este concebir así la sociedad no es posible sin el necesario supuesto de la existencia de otros seres racionales fuera de nosotros, suposición que no se da por la experiencia como afirman los dogmáticos y egoístas sino en la íntima libertad de la conciencia, es decir, de mi Yo libre, en la armonía consigo mismo, a partir de la cual tiende a armonizar, con sus propios conceptos, todo lo que existe fuera de sí, lo cual no es creado por él sino reconocido en el No-Yo, o el otro (*Der Andere*, en alemán).

El hombre, por su esencial naturaleza está específicamente destinado a vivir en sociedad, so pena de dejar de ser hombre. (Aristóteles lo llama *zoon politikon*).

La sociabilidad, que se presenta como íntimo instinto en el hombre, está subordinada a una ley de armonía consigo mismo, la cual es llamada “ley

moral”, que debe regir firmemente al hombre. Esa ley no es sólo una mera actividad que hayan de soportar pasivamente los demás. Su punto de arranque es la convicción de la necesidad de convivir, no en forma subordinada sino coordinada, con las otras criaturas racionales que existen fuera de nosotros. Actuar desde este punto de vista, implica - según Fichte - haber desarrollado en nosotros la humanidad en su más alto grado. En caso contrario permaneceríamos en el más ínfimo grado de semi-humanidad o esclavitud que se manifestaría en querer adueñarse “del otro” y dominarlo, como hacemos con los animales domésticos y con las cosas.

Rousseau decía: “Hay quien se tiene por señor de otros, y, en realidad, es más esclavo que ellos”. 0 —agrega Fichte— “es por esto mismo un esclavo, o tiene alma de esclavo” (Fichte, s,f, p.26).

Se encuentra aquí en esta concepción toda una fundamentación de las relaciones interpersonales, cuyo fondo es la libertad y la racionalidad, entre otras cosas cuando insiste en no usar a los demás seres racionales como medio para el logro de los propios fines, ni tratar de hacer a alguien virtuoso a la fuerza, o feliz o sabio, sino que ellos deben lograrlo por su propio esfuerzo y trabajo, como “el otro”, como ser autónomo, libre y autoactivo. “Sólo es libre aquel que respeta la libertad de todos los seres que lo rodean, haciéndolos libres por un secreto influjo” (Fichte, s,f, p.27). (131), el cual impulsa a los otros como subjetividades a la acción y mejoramiento que es el común destino de los hombres.

La perfección y la igualdad, cualidades en cuyo deseo de conquista coinciden todos los hombres, son las notas que cada uno trata de realizar en los demás, con lo cual nos damos cuenta de que el último fin de la sociedad será la concordia y la avenencia de todos sus miembros porque los guía la racionalidad

y por ende, la libertad. "No conozco idea más grande, señores, que ésta del recíproco influjo del género humano entre sí (...) Nadie que lleve el sello de la razón en su frente, por grosero que sea éste, puede carecer de importancia para mí" (Fichte, s,f, p. 29).

Esta genialidad de Fichte al establecer así la doctrina de las interrelaciones no es un "solipsismo" como se ha querido llamar, de manera mal entendida en el "Idealismo alemán". En realidad es algo más de fondo que entenderlo como mera comunicación existencial: es una relación dialéctica que examina rigurosamente y a fondo el significado de "aceptar al otro" y poder así hablar de "nosotros", de equipo, de comunidad.

Para la elaboración de este concepto propone el principio fundamental de la fe, entendida como convicción auténtica del libre conocimiento de "aquello que debo hacer" lo que significa que el fin del hombre no puede residir en el egoísmo personal sino en determinarse racionalmente, teniendo en cuenta su propio límite que es "el otro" del cual tengo conciencia no como mera especulación sino como actividad representativa porque "no es cosa", sino que reconozco que existen otros seres por sí libres y autónomos. "La vida humana sin razón queda reducida a la individualidad y al amor a ésta", afirma Fichte.

Otra idea que complementa muy bien este tema, se encuentra en los "Discursos". Criticando la antigua educación, nos recuerda que ésta, basada en Platón, enseñaba que los espíritus inmortales habían sido inmersos, como castigo, en cuerpos terrenales que sólo servían de prisión. Contra este pensar insiste en que la vida terrena es vida verdadera de la que uno puede alegrarse y disfrutar con gratitud a la espera de otra vida superior. Subyace aquí la idea de la vida racional, amable y pacífica entre los hombres para impedir que la

tierra se convierta en el infierno y suscite un anhelo tanto mayor del cielo (Fichte, 1977, p. 205). Es decir, que si no se tiene fe en que esta vida terrena, en la que es necesario convivir con los demás no es buena y amable, la convivencia entre los hombres se hace imposible.

Enseñarle el sentido del trabajo y la economía

En 1800 Fichte escribió la obra Estado Comercial Cerrado, cuya tesis radical, opuesta al capitalismo, y de tendencia socialista, sostiene la autonomía y autosuficiencia de la economía del Estado en el cual no se permitirá el comercio ni el turismo internacional. Lo único aceptado será el turismo de carácter cultural y científico porque son los únicos que fomentan la creación espiritual.

Al educando se le inculcará que la economía tiene sólo un fin subsidiario, es decir, conseguir lo que es necesario para el desarrollo de la vida espiritual en lo individual y colectivo, no para aumentar las riquezas o proporcionar disfrute como un fin en sí.

El fin de la agrupación que es el lugar de formación de los jóvenes, no debe convertirse en producción lucrativa sino la que sea absolutamente necesaria para lograr y ejercer decorosamente la función educativa. La humanidad no es una comunidad económica sino espiritual, elemento éste que le da unidad y la vincula a las demás comunidades internacionales.

Si bien es cierto que para Fichte es condición prioritaria en la nueva educación que vayan unidos el aprender y trabajar, no está de acuerdo con la pretensión de Pestalozzi quien defendía y proponía la realización de todo tipo de trabajos manuales, al mismo tiempo que se realizaba el aprendizaje.

Es cierto que se deben formar hombres integrales, no serviles ni infames, habituados a la laboriosidad para liberarlos de cometer injusticias en la búsqueda del sustento diario, que ostenten en la independencia personal que saben vivir con honor y que es “vergonzoso tener que agradecer el sustento u otra cosa que no sea el trabajo”; pero en el planteamiento de Pestalozzi se encuentra — según Fichte - pobreza en el objetivo, dado que la enseñanza necesita atención y concentración, lo cual sería imposible si se recibiese junto con otras preocupaciones.

Cuando en alguna época del año les sea necesario a los niños ejecutar en casa actividades manuales, deberán unir a esta tarea, para mantener el espíritu en acción, actividades espirituales, pero en este caso debe considerárselas sólo como un juego divertido, no como trabajo fundamental.

Hay que aclarar que Fichte concibe como trabajo fundamental el que se realiza en la fundación o comunidad durante el periodo de formación, y consiste en el cultivo de la tierra, la jardinería y la cría de ganado.

Es ley fundamental del pequeño estado la autonomía, creatividad y autarquía, en el sentido de tener que procurarse por ellos mismos tanto la comida o el vestido como las herramientas necesarias para el trabajo. En caso de necesitar ayuda exterior no debe ser para buscar el propio beneficio sino recibirla sólo como préstamo que debe devolver en un lapso determinado.

Fichte siempre está atento a que no se desvirtúe lo esencial de la educación, que es como hemos dicho, cultivar la vida del espíritu y la supremacía de éste sobre los sentidos y el mundo de las

apariencias. “Aún en compañía del animal y de la tierra, permanece sin embargo dentro del ámbito del mundo espiritual y no desciende nunca al de estos últimos” (Fichte, 1977, p. 257).

Es esencial que el trabajo mecánico fundamental se ennoblezca y espiritualice por medio del conocimiento de los fundamentos de las tareas que efectúa, y el aprendizaje sea consecuente con los oficios que realizará en el futuro, y que además, trabaje con todas sus fuerzas para conseguir la autodependencia y la autarquía, pero sin perder de vista la idea del todo, que se debe a él, y que cuando sea necesario, disfrute o padezca con el todo.

Aún en el caso del muchacho que muestre excelentes dotes para aprender, marcada inclinación hacia el mundo de los conceptos y además libre reflexión con respecto a los fenómenos externos, tendrá que sometérsele a la formación de que estamos hablando, antes de ser admitido al caso especial de la formación erudita o del sabio, a la cual se le permitirá el acceso, pero sin excepción, y sin aceptar supuestas diferencias de nacimiento o clase social.

En síntesis, hay que resaltar que Fichte lo que no quiere en esta época de formación es convertir al estudiante en un obrero que se gane el pan, sino enseñarle el verdadero sentido de la actividad económica; aquí se comprende el por qué de sus largas discusiones con Pestalozzi y sus desacuerdos con él.

Nuestro filósofo insiste en que el educando debe saber por qué tiene que trabajar, y no olvidar que el verdadero sentido del trabajo está subordinado a la adquisición de la autonomía y autosuficiencia desde la perspectiva de la supremacía de lo espiritual.

REFERENCIAS

A. OBRAS CONSULTADAS

- Álvarez, G. F. (1972). *Fichte y las raíces de la filosofía contemporánea*, Costa Rica: Universidad de San José de Costa Rica.
- Fichte, J. G. (1977). *Discursos a la Nación Alemana*, Madrid, Editora Nacional.
- ——— (1975). *Exposición de la Doctrina de la Ciencia*, Buenos Aires: Aguilar.
- ——— (1975). *Fundamento de toda la Doctrina de la Ciencia*, Buenos Aires: Aguilar.
- ——— (1934). *Los Caracteres de la Edad Contemporánea*, Madrid: Editorial Revista de occidente.
- ——— (1817). *Plan razonado para erigir en Berlín un establecimiento de enseñanza superior que esté en conexión adecuada con una Academia de Ciencias*, Buenos Aires: Editorial Suramericana.
- ——— (1797). *Primera introducción a la Doctrina de la Ciencia*. (s.I.) (s.e)
- ——— (1797). *Segunda introducción a la Doctrina de la Ciencia*. (s.I.) (s.e)
- Gueroult, M. (1974). *Études sur Fichte*, Paris: Aubier-Montaigne.
- Janke, W. (1978). "Repetición de la Dialéctica. La Traducción de la Dialéctica Platónica a la Doctrina de la Ciencia", En: *Anuario Filosófico de la Universidad de Navarra*, vol. XI, pp. 75-87.
- Kant, E. (1964). *Filosofía de la Historia*, Buenos Aires: Editorial Nova.
- Lauth, R. (1979). El concepto de Historia en los "Discursos a la Nación Alemana", En: *Anuario Filosófico de la Universidad de Navarra*, vol. XVII, pp. 65-93.
- ——— (1968). *La filosofía de Fichte y su significación para nuestro tiempo*, México: UNAM.
- ——— (1978). "Los prolegómenos a los prolegómenos de la Doctrina de la Ciencia", En:

Anuario Filosófico de la Universidad de Navarra, vol. XI, pp. 75-87.

- López, D, V.E. (1982). *La concepción fichteana del amor*, Buenos Aires: Editorial Suramericana.
- Mauchausat, G. (1959). *La liberté Spirituelle*, París: Ed. PUF.
- Navarro, B. (1975). *El desarrollo Fichteano del idealismo trascendental*, México: F.C.E.
- Riobó González, Manuel. Fichte, filósofo de la intersubjetividad, Barcelona: Herder, 1988.
- Schulz, W. (1965) "Juan Teófilo Fichte, razón y libertad", En: *revista Eco*, Bogotá,; 1965, (núm. 59), pp. 475-499.
- Zeleny, J. (1974). *La estructura lógica de "El Capital" de Marx*, Barcelona: Ed. Grijalbo.
- B) Principales obras de Fichte sobre la Doctrina de la ciencia.

1ER. PERÍODO: 1794 - 1799.

- 1794: Einige Vorlesungen über die Bestimmung des Gelehrten. (Lecciones sobre el destino del Sabio).
- 1794: Ueber den begriff der Wißenschaftslehre oder sogenannten philosophie. (Sobre el concepto de la Doctrina de la llamada filosofía).
- 1794: Grundlage der gesamten Wißenschaftslehre. (Fundamento de toda la Doctrina de la Ciencia).
- 1795: Grundriß des Eigentümlichen der Wißenschaftslehre mit Ruecksicht auf das theoretische Vermoegen. (Compendio de lo propio de la Doctrina de la Ciencia en lo concerniente a la facultad teórica).
- 1796: Grundlage des Naturrechts nach prinzipien der Wißenschaftslehre. (Fundamento del Derecho Natural según los principios de la Doctrina de la Ciencia).
- 1797: Erste Einleitung in die Wißenschaftslehre. (Primera introducción a la Doctrina de la Ciencia).

- 1797: Zweite Einleitung in die Wissenschaftslehre. (Segunda introducción a la Doctrina de la Ciencia).
- 1797: Versuch einer neuen Darstellung der Wissenschaftslehre. (Intento de una nueva exposición de la Doctrina de la Ciencia).
- 1798: Das System der Sittenlehre nach den Prinzipien der Wissenschaftslehre. (El sistema de la moral según los principios de la Doctrina de la Ciencia).
- 1798: Wissenschaftslehre nova methodo. (Doctrina de la Ciencia “Nova Methodo”) (Publicado por Jacobo en 1937).

2DO. PERÍODO: 1800 - 1814.

- 1800: Die Bestimmung des Menschen. (El Destino del Hombre).
- 1801: Sonnenklarer Bericht an das groessere Publikum ueber das eigentliche Wesen der neuesten Philosophie. (Exposición clara como el día, dirigida al gran público. Sobre la esencia propia de la novísima filosofía).
- 1801: Darstellung der Wissenschaftslehre. (Exposición de la Doctrina de la Ciencia) (Publicada por H.I. Fichte).
- 1804: Die Wissenschaftslehre. (La Doctrina de la Ciencia).
- 1805: Wissenschaftslehre, vorgetragen in Erlangen. (Doctrina de la Ciencia - Expuesta por Erlangen), Manuscrito en Berlín.
- 1806: Die Grundzüge des gegenwärtigen Zeitalters. (Los caracteres de la Edad Contemporánea).
- 1806: über das wesen des Gelehrten und seine Erscheinung im Gebiete der Freiheit. (Sobre la esencia del docto y su manifestación en el ámbito de la libertad).
- 1806: Die Anweisung zum seligen Leben oder auch die Religionslehre. (Iniciación a la vida bienaventurada o también a la Doctrina de la Religión).

- 1807: Wissenschaftslehre-vorgetrasen in Königsberg. (Doctrina de la Ciencia-expuesta en Königsberg). Manuscrito en Berlín.
- 1808: Reden an die deutsche Nation. (Discursos a la Nación Alemana).
- 1810: Die Wissenschaftslehre in ihrem allgemeinen Umriße. (La Doctrina de la Ciencia en sus líneas generales).
- 1810: / 11 : Wissenschaftslehre. (Doctrina de la Ciencia). (Manuscrito en Berlín).
- 1810: / 11: Die tatsachen des Bewußtseins. (Los hechos de la Conciencia). (Publicado por I.H. Fichte).
- 1811: Fünf Vorlesungen über die Bestimmung des Gelehrten. (Cinco lecciones sobre el destino del docto) (Publicado por I.H. Fichte).
- 1812: Das System der Rechtslehre. (El sistema de la Doctrina del Derecho). (Publicado por I.H. Fichte).
- 1812: Das System der Sittenlehre. (El sistema de la Doctrina de la Moral.) (Publicado por I.H. Fichte).
- 1812: Transzendente Logik. (lógica trascendental) (Publicado por I.H. Fichte).
- 1813: Die tatsachen des bewußtseins. (Los hechos de la Conciencia). (Publicado por I.H. Fichte).
- 1813: Die Wissenschaftslehre. (La Doctrina de la Ciencia). (Publicado por I.H. Fichte).
- 1813: Einleitungsvorlesungen in die Wissenschaftslehre. (Lecciones introductorias a la Doctrina de la Ciencia). (Publicado por I.H. Fichte).
- C) Comentarios sobre el pensamiento educativo de Fichte.
- Knecht, E. (1902). *La pedagogía social de J.G. Fichte*. Leipzig: (s,e).
- Ostermann, P. (1943). *La pedagogía de nuestros clásicos*. Berlín: (s,e).
- Saupe, E. (1924). *Pedagogos alemanes de la época moderna*. Berlín: (s,e).